

habitual melancolía de la hija del duque de Santa-Fe. Todos los años iba esta á vagar por las montañas de Málaga, en la época en que su amante acostumbraba regresar de Africa; sentábase en las mismas rocas, miraba tristemente el mar y los lejanos bajeles, volvía en silencio á Granada, y pasaba sus días entre las ruinas de la Alhambra. Y como ni se quejaba, ni llo-

raba, ni hablaba nunca de Aben-Hamet, cualquier extraño la hubiera juzgado feliz. Sobrevivió á su familia, pues su padre murió de pesar, y don Carlos perdió la vida en un duelo en que Lautrec le había servido de padrino. Por lo que toca á Aben-Hamet, su paradero quedó eternamente ignorado.

Cuando se sale de Túnez por la puerta que condu-



DON CARLOS VENCIDO POR ABEN-HAMET.

ce á las ruinas de Cartago, se encuentra un cementerio en el cual, debajo de una palmera y en uno de sus ángulos, me fue mostrado un sepulcro conocido con el nombre de *el sepulcro del último Abencerrage*. Nada tiene digno de atención; la losa sepulcral

está intacta, aunque según la costumbre morisca, se ha practicado en medio de ella una ligera excavación. Las aguas llovedizas se reúnen en el fondo de esta copa fúnebre, y sirven en aquellos ardientes climas para aplacar la sed de las avejillas del cielo.

FIN DEL ÚLTIMO ABENCERRAGE.

VIAJE AL MONTE-BLANCO.

PAISAJES DE MONTAÑAS.

Nada es hermoso sino lo verdadero; solo lo verdadero es amable.

Agosto de 1805.

He visto muchas montañas en Europa y América, y habiéndome parecido siempre que en las descripciones de estos grandiosos monumentos de la naturaleza se traspasaban los límites de la verdad, mis últimas experiencias sobre el particular me han corroborado en mi opinión. He visitado el valle de Chamouny, célebre por los trabajos de Mr. de Saussure, pero no sé si el poeta hallaría en él el *especiosa deserti*, como el mineralogista. Sea como fuere, espondré sencillamente mis reflexiones de viaje, pues mi parecer tiene, por otra parte, muy escasa autoridad para que pueda ofender á nadie.

Habiendo salido de Ginebra con un tiempo bastante nebuloso, llegue á Servoz en el momento que el cielo empezaba á aclararse. La cima del Monte-Blanco no se descubre desde aquel lugar, pero se disfruta de una clara perspectiva de su cresta nevada, llamada el *Domo*. Sálvase luego el paso de los *Monteés*, éntrase en el valle de Chamouny, y se pasa al pié del ventisquero de los *Bossons*, cuyas pirámides se muestran al través de los abetos y alerces. Mr. Bourrit comparó este ventisquero por su blancura y el prolongado corte de sus cristales, á una flota á la vela; yo añadiría, navegando en un golfo rodeado de frondosos bosques.

Detúveme en la aldea de Chamouny, y al día siguiente me trasladé al Montanvert, al que subí con el mas hermoso tiempo. Al llegar á su cima, que es una cresta del Monte-Blanco, descubrí lo que con harta impropiedad se llama el *Mar de Hielo*.

Represéntese el lector un valle cuyo fondo está enteramente cubierto por un río. Las montañas que forman este valle, suspenden sobre el río una masa de peñascos, las agujas del Dru, del Bochart y de los Charmoz. En lejanía el valle y el río se dividen en dos ramas ó brazos, uno de los cuales va á unirse á otra montaña, el *Cuello del Gigante*, y otro va á parar á los peñascos de los *Jorasos*. En la extremidad opuesta de este valle se halla una pendiente hácia el de Chamouny, casi vertical y ocupada por la parte del Mar de Hielo, llamado el *Ventisquero de los Bosques*. Supóngase un invierno riguroso: el río que ocupa el valle y todas sus sinuosidades se hielan hasta el fondo de su lecho: las cumbres de los montes vecinos se muestran cargadas de nieve en todos los lugares en que los planos de granito son bastante horizontales para retener las aguas congeladas: á esto se reduce el Mar de Hielo y la situación que ocupa. No es, por

consecuencia, un mar sino un río; es una especie de Rhin helado: el Mar de Hielo imita su corriente, y el Ventisquero de los Bosques, su caída en Laufen.

Cuando el viajero se halla en el Mar de Hielo, su superficie, que le parecía unida desde la altura de Montanvert, presenta multitud de picos y anfractuosidades, que imitan las figuras, formas y recortes del enhiesto recinto de peñascos que parecen colgar por todas partes de las montañas circunvecinas, á manera de unos relieves en mármol blanco.

Hablemos ahora de las montañas en general.

Hay dos modos de examinarlas: con nubes ó sin ellas.

En el primer caso la escena es mas animada, pero mas oscura, y suele presentar tal confusión que apenas pueden distinguirse algunos rasgos.

Las nubes decoran los peñascos de mil maneras. He visto en las alturas de Servoz una punta descarnada, atravesada oblicuamente por una nube á manera de toga, que hubiera podido ser tomada por la estátua colosal de un antiguo romano. En otro lugar se descubria la pendiente de la montaña; una barrera de nubes detenía la vista al pié de esta pendiente y sobre aquella impalpable barrera partían negras ramificaciones de montañas que imitaban las fauces de la Quimera, cuerpos de esfinges, cabezas de Anubis y formas diversas de los monstruos y los dioses de Egipto.

Cuando las nubes son impelidas por el viento, parece que los montes huyen detrás de esta movible cortina, y se ocultan y se muestran á la vez: ya se deja ver súbitamente un bosquecillo en la rotura de una nube, á manera de una isla pendiente del cielo; ya se descubre lentamente un peñasco que atraviesa poco á poco el profundo vapor, cual un fantasma. Lleno de tristeza, el viajero no escucha otra cosa que el zum-bido del viento en los pinos, el rumor de los torrentes que se despeñan en los ventisqueros, la caída de los aludes, y algunas veces el silbido de la marmota asustada por haber visto al gavilán en las nubes.

Cuando el cielo está sereno, y la perspectiva de los montes se despliega por entero á la vista, solo un accidente es entonces digno de estudio: las cimas de las montañas presentan en la elevada region en que des-cuellan, una pureza de líneas, una limpieza de planos y perfiles que no tienen los objetos de las llanuras. Las cimas angulosas se asemejan, bajo la transparente bóveda del cielo, á los soberbios ejemplares de un gabinete de historia natural, á unos hermosos árboles de coral y á caprichosas girandolas de estalactitas, encerradas bajo un globo del mas puro cristal. El montañés busca en estos elegantes contornos la imagen de los objetos que le son familiares: de esto

han procedido los nombres de las rocas llamadas los *Mulos*, los *Charmoz* ó los *Camellos*: de aquí se han derivado también las denominaciones tomadas de la Religión, como las *Cimas de las Cruces*, la *Roca del Altar* y el *Ventisquero de los Peregrinos*: nombres sencillos que prueban que si el hombre está incesantemente ocupado de la idea de sus necesidades, le es grato colocar en todas partes el recuerdo de sus consuelos.

Por lo que respecta á los árboles de las montañas, solo hablaré del pino, del abeto y del alerce; porque constituye, por decirlo así, la única decoración de los Alpes.

El pino tiene algo de monumental: sus ramas presentan el aspecto de la pirámide, y su tronco el de la columna. Imita también la forma de los peñascos donde vive; así es que es muy común confundirlo, desde los ángulos y las cornisas salientes de las montañas, con las flechas ó agujas, enhiestas ó diseminadas como él. A espaldas del *Col de Balme*, á la bajada del ventisquero de Trient, se encuentra un bosque de pinos, abetos y alerces: cada árbol en esta familia de gigantes, cuenta muchos siglos. Esta tribu alpina tiene un rey que los guías no olvidan enseñar á los viajeros: un abeto que podría servir de mástil al bajel de mayor porte. Solo el monarca se ostenta incólume, mientras todo su pueblo está mutilado en su derredor: un árbol ha perdido su copa, otro una rama; este tiene la frente surcada por el rayo, aquel el pié ennegrecido por las hogueras de los pastores. Vi dos gemelos, procedentes de un mismo tronco, que se alzaban á la par al cielo; pero aunque iguales en altura y edad, uno estaba lleno de vida, y el otro seco:

Daucia, Laride Thymberque, simillima proles,
Indiscreta suis, gratusque parentibus error:
At nunc dura dedit vobis discrimina Pallas.

«Hijos gemelos de Dauco, vuestros mismos padres no podrían distinguíros, y les causabais dulces equivocaciones. Pero la muerte estableció entre vosotros una cruel diferencia.»

Añadamos que el pino anuncia la soledad y la indigencia de la montaña. Es el humilde compañero del pobre saboyano, de cuyo destino participa: crece y muere desconocido como él, sobre las inaccesibles cumbres donde se perpetúa su posteridad, igualmente ignorada. En el alerce liba la abeja esa miel compacta y sabrosa, que tan bien se asocia á la creña y á las frambuesas de Montanvert. Los rumores del pino, cuando son lijeros, han sido alabados por los poetas bucólicos; pero cuando son violentos remedan al sordo mugido del mar, y el viajero imagina oír bramir el Océano en las crestas de los Alpes. Por último, el olor del pino es aromático y agradable, y tiene, especialmente para mí, cierto encanto particular, porque lo he respirado á mas de veinte leguas en el mar, en las costas de la Virginia: por esta causa despierta siempre en mi alma el recuerdo de ese Nuevo-Mundo, que me fue anunciado por un soplo embalsamado, por un hermoso cielo y por unos mares brillantes, en que el perfume de los bosques llegaba hasta mí en alas de las brisas matinales; y como todo se enlaza en nuestros recuerdos, ese árbol reproduce también en mi memoria los sentimientos de tristeza ó de esperanza que me ocupaban cuando, apoyado en el borde del bajel, meditaba en la patria que había perdido, y en los desiertos que iba á hallar.

Empero, volviendo á mi opinión particular acerca de las montañas, diré que así como no hay país hermoso sin un horizonte de montañas, tampoco hay lugares gratos para ser habitados ni que halaguen la vista ó el corazón, allí donde faltan aire y espacio; y hé aquí lo que ocurre en lo interior de los montes. Estas pesadas é inmensas moles no están en relación

con las facultades del hombre, ni con la debilidad de sus órganos.

Atribúyese á los paisajes de las montañas cierta sublimidad; pues no es dudoso que esta consiste en la grandeza de los objetos. Pero si se demuestra que esa grandeza, muy positiva en efecto, no es sensible á la vista, ¿dónde hallaremos la sublimidad?

Sucedo respecto de los monumentos de la naturaleza lo mismo que con los del arte: para disfrutar de su hermosura es preciso encontrarse en el verdadero punto de perspectiva; pues de lo contrario desaparecen las formas, los colores y las proporciones. Y como en el interior de las montañas se tocan inmediatamente los objetos, y su campo óptico es muy limitado, las dimensiones pierden necesariamente su grandeza; siendo esto tan cierto que el observador se equivoca á cada paso respecto de las alturas y distancias. Apelo al testimonio de los viajeros: ¿les ha parecido muy alto el Monte-Blanco desde el fondo del valle de Chamouny? Es muy común que un lago inmenso en los Alpes parezca un mezquino estanque; júzgase á primera vista que bastan algunos pasos para subir á una cima á que se tarda tres horas en llegar, y apenas es bastante un día entero para salir de una garganta cuya extremidad parecía hallarse al alcance de la mano. Así, pues, esa grandeza de las montañas que tanto se encarece, no es positiva sino por el cansancio que ocasiona. Por lo que toca al país, no es mayor á la simple vista que un paisaje ordinario.

Pero esos montes que pierden su grandeza aparente cuando están muy inmediatos al observador, son no obstante tan gigantescos que anonadan, digámoslo así, todo lo que pudiera servirles de adorno. Así es que, por leyes contrarias, el conjunto y los pormenores disminuyen á la vez en los desfiladeros de los Alpes. Si la naturaleza hubiese hecho los árboles cien veces mayores en las montañas que en las llanuras; si los ríos y las cascadas derramasen aguas cien veces mas abundantes, esos altísimos bosques, esas caudolosisimas corrientes producirían sin duda magestuosos efectos en las montañas. Empero como no sucede así, el marco del cuadro se ensancha de una manera desmesurada, al paso que los ríos, los bosques, las aldeas y los rebaños se mantienen dentro de las proporciones comunes; resultando de esto que no hay relación alguna entre el todo y la parte, entre el teatro y su decoración. Siendo perpendicular el plano de las montañas, es en cierto modo una escala gigantesca, con la cual la vista relaciona y compara todos los objetos que abraza, y estos se muestran sucesivamente en extremo pequeños sobre tan enorme medida. Los pinos mas erguidos, por ejemplo, se distinguen con dificultad en las cañadas de los valles, donde parecen unos mezquinos penachos; la huella de las aguas llovedizas está impresa en esos bosques raquílicos y negruzcos en pequeñas rayas amarillas y paralelas; y los torrentes mas anchos y las mas altas cataratas parecen delgados hilos de agua, ó vapores azulados.

Los que han visto diamantes, topacios y esmeraldas en los ventisqueros, han sido mas felices que yo, pues jamás ha podido descubrir mi imaginación tan ricos tesoros. Las nieves del pié del Ventisquero de los Bosques, mezcladas con polvo de granito, me han parecido de color de ceniza; el Mar de Hielo pudicra tomarse en muchos lugares por canteras de cal y yeso, pues solo sus hendiduras presentan algunos matices del arco iris; y cuando las capas de hielo se apoyan en los peñascos se asemejan á pedazos de vidrio verdusco.

Los cortinaes blancos de los Alpes ofrecen por otra parte un gran inconveniente, porque ennegrecen todo cuanto les rodea, sin exceptuar el cielo, cuyo azul empañan. Y no se crea que algunos hermosos accidentes de luz sobre las nieves subanen este desa-

gradable efecto, pues el colorido con que se pintan las montañas lejanas es nulo para el espectador colocado á su pié. Así es que la pompa con que el sol en su ocaso cubre las cimas de los Alpes de la Saboya, solo puede ser apreciada por el habitante de Lausana; y el viajero del valle de Chamouny intentaría en vano disfrutar de tan brillante espectáculo, porque únicamente ve sobre su cabeza, como desde el fondo de un embudo, una escasa parte de un cielo mate y duro, sin aurora y sin ocaso, triste mansion donde avaro el sol desliza un rayo fugitivo á medio día, sobre una muralla de hielo.

Permítaseme valerme de una verdad trivial, para mejor hacerme entender. Para pintar se necesita un lienzo; ahora bien: el lienzo de los paisajes es en la naturaleza el cielo, y si este falta al fondo del cuadro, todo se muestra confuso y sin efecto. Y como los montes, cuando se está muy inmediato á ellos, ocultan la mayor parte del cielo y no hay bastante aire ó espacio en sus cimas, estas se hacen sombra unas á otras, y se prestan mutuamente las tinieblas que moran en las concavidades de sus cavernas. Para saber si los paisajes de montaña tienen tan inequívoca superioridad, basta consultar á los pintores, pues estos colocan siempre los montes en último término, y abren á la vista un paisaje sobre bosques y llanuras.

Solo un accidente deja á los lugares de que hablamos su natural magestad: la claridad de la luna. Y esto ocurre porque es propio de esa media luz sin reflejos y de un colorido uniforme, agigantar los objetos aislando las masas y haciendo desaparecer esa gradación de colores que enlaza las diferentes partes de un cuadro. Entonces, cuanto mas francos y pronunciados son los cortes de los monumentos, mas extension y atrevimiento presenta su diseño, y mejor se destacan las líneas de sombra á la blancura de la luz. Por esta razon, la gigantesca arquitectura romana, á semejanza de los contornos de las montañas, es tan hermosa al resplandor de la luna.

Lo grandioso, y por consiguiente la especie de sublimidad que de él procede, desaparece en el interior de las montañas; veamos ahora si lo gracioso se halla en ellas en grado mas alto.

Háblase con entusiasmo de los valles de Suiza, pero debe observarse que no parecen agradables sino por comparación, porque en verdad, fatigada la vista de recorrer llanuras estériles ó promontorios cubiertos de un líquen rojizo, se detiene con indecible placer sobre un poco de verdor ó de vegetación. ¿Pero á qué se reduce esta vegetación? A algunos sauces mezquinos, á algunos surcos de cebada y de avena que crecen pensosamente y maduran tarde, y á algunos árboles silvestres que dan frutos ásperos y amargos; así es que si una viña vegeta con esfuerzo en un reducido abrigo situado á Mediodía y preservado con esmero de los vientos del Norte, se admira esta extraordinaria feracidad. Pero al subir á los vecinos peñascos se advierte que los grandes rasgos de los montes hacen desaparecer las miniaturas de los valles: las cabañas apenas son visibles, y los compartimientos cultivados se asemejan á las pequeñas muestras pegadas á los mostruarios de un fabricante de tejidos.

Háñse encarecido también mucho las flores de las montañas, las violetas que se cogen á las orillas de los ventisqueros, las fresas que ostentan su encendido color sobre las nieves, etc.; pero estas son maravillas imperceptibles, que no producen efecto alguno, porque son adornos mezquinos para tales colosos.

Finalmente, soy también muy desgraciado, porque no he podido ver en esos famosos albergues, encantados por la imaginación de J. J. Rousseau, sino unas miserables cabañas llenas del estiércol de los rebaños, de olor de queso y de leche fermentada, y cuyos únicos habitantes eran unos pobres montañeses que se creían desterrados y deseaban bajar á los valles.

Algunos mudos pajarillos que revolotean de uno en otro carámbano, y algunas parejas de cuervos y gaviñanes prestan una escasa animación á aquellas soledades de nieve y de piedras, donde la caída de la lluvia es casi siempre el único movimiento que ocupa la vista, debiendo considerarse como un caso feliz que el pico-verde haga resonar su voz desapacible y mensajera de la tempestad, en lo mas oculto de un decrepito bosque de abetos. Y, no obstante, esa triste señal de vida contribuye á hacer mas sensible la muerte que por donde quiera reina. Las cabras monteses, los machos cabrios y los conejos blancos han sido casi totalmente destruidos; y como hasta las marmotas escasean, el pequeño saboyano se ve amenazado de perder su tesoro. Los animales montaraces han sido reemplazados en las cimas de los Alpes por vacadas que echan tan de menos la llanura, como sus dueños. Tendidas en los prados de Caux, esas vacadas presentarían una escena igualmente hermosa, y tendrían además el mérito de traer á la memoria las descripciones de los poetas de la antigüedad.

Resta ya solo hablar del sentimiento que se experimenta en las montañas. Pues bien: ese sentimiento es, en mi concepto, muy penoso. No es posible sentir el alma satisfecha donde se ven en todas partes las fatigas del hombre y sus inauditos trabajos, que una tierra ingrata se niega á recompensar. El montañés, que siente sus desgracias, es mas sincero que los viajeros: llama á la llanura *el buen país*, y no se obstina en que unos peñascos regados por sus sudores, que no los hacen mas fértiles, sean lo mejor en la distribución de los beneficios de la Providencia. Si nos parece muy amante de sus montañas, esto consiste en las relaciones misteriosas establecidas por Dios entre nuestras penas, el objeto que les causa, y los lugares donde las hemos sufrido; consiste en la magia poderosa de los recuerdos de la infancia, de los primeros sentimientos del corazón, de las dulzuras, y hasta de los rigores de la casa paterna. Mas solitario que los demás hombres, mas circunspecto por la costumbre de padecer, el montañés deja traslucir mas que ellos todos los sentimientos de su vida. No debe, pues, atribuirse á los encantos de los lugares que habita, el extremado amor que manifiesta á su país, porque este amor procede de la reconcentración de sus ideas y de la limitada extensión de sus necesidades.

Empero, ¿son las montañas el lugar propicio á las meditaciones? Dudo mucho que el alma pueda entregarse á ellas cuando el pasear ocasiona un gran cansancio, y cuando la atención que es preciso conceder al terreno que se pisa, ocupa enteramente el ánimo. El amante de la soledad que se entregase á poéticas fantasías mientras subiese el Montanvert, pudiera caer en algun pozo, á imitación del astrónomo que intentaba leer en el cielo y no podía ver lo que á sus piés tenía.

Sé que los poetas han deseado los valles y los bosques para conversar con las Musas. Pero oigamos á Virgilio:

Rura mihi et rigui placeant in vallibus amnes:
Flumina amem sylvasque inglorius.

El vate de Mantua se complace en los campos, *rura mihi*; busca los valles agradables, risueños y graciosos, *vallibus amnes*; se goza en los ríos, *flumina amem* (no en los torrentes), y en los bosques donde viviese sin gloria, *sylvasque inglorius*. Esos bosques son hermosas cercas de encinas, olmos y hayas, mas no tristes bosques de abetos, porque á ser así no hubiera dicho:

Et ingenti ramorum protegat umbra.

¿Y donde quiere que esté situado este valle? En un lugar que atesore hermosos recuerdos, nombres

armoniosos, gratas tradiciones de la Fábula y de la historia:

O ubi campi,
Sperchiusque, et virginibus bachata lacenis
Taygeta ¡O qui me gelidis in vallibus Hæmi
Sistat!

Virgilio hubiera mirado con indiferencia el valle de Chamouny, el ventisquero de Taconay, el pequeño y el gran Joraso, la aguja del Dru y la peña llamada *Cabeza Negra*.

Por último, si hemos de dar asenso á Rousseau y á los que han recogido sus errores sin heredar su elocuencia, el viajero, al llegar á la cumbre de las montañas, se cree transformado en otro hombre. «En las elevadas montañas, dice Juan Jacobo, las meditaciones adquieren un carácter grande, sublime y proporcionado á los objetos que se presentan á nuestra vista: es una especie de tranquilo deleite, que nada tiene de sensual. Parece que al elevarse sobre la morada de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos.... Dudo que ninguna agitación violenta pueda resistir la continuación de semejante morada, etc.»

¡Pluguiese á Dios que así fuera! ¡Cuán dulce sería poder sustraerse á los males que nos abruma, sin mas que alzarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia, el alma del hombre es independiente del aire y de los lugares, y un corazón abrumado de amarguras no pesa menos en las alturas que en los valles. La antigüedad, que debe ser citada siempre que se trata de verdad de sentimientos, no opinaba como Rousseau respecto de los montañas, sino que por el contrario, las representaba como asilos de la desolación y del dolor: si el amante de Julia olvida sus pesares entre los peñascos del Valés, el esposo de Euridice alimenta sus dolores en los montes de la Tracia. Apesar del talento del filósofo ginebrino, dudo que la voz de Saint-Preux resuene en el porvenir tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, este acabado modelo de las calamidades de los reyes, esta cumplida imagen de todos los males de la humanidad, busca también los lugares desiertos:

Il va
du Chyteron remontant vers les cieux,
Sur le malheur dell'homme interroger les dieux.

Finalmente, otra antigüedad, aun mas hermosa y sagrada, nos presenta los mismos ejemplos. La Escritura, que conocia mejor la naturaleza del hombre que los falsos sabios del siglo, nos muestra siempre los grandes desgraciados, los profetas, y al mismo Jesucristo, retirándose en el día de la aflicción á los lugares elevados. La hija de Jetté, antes de morir, pide permiso á su padre para ir á llorar su virginidad á las montañas de la Judea: *Super montes assumem*, dice Jeremias, *fletum ac lamentum*: «Subiré á las montañas para llorar y gemir.» Jesucristo bebió en el monte de las Olivas el cáliz lleno de todos los dolores y de todas las lágrimas de la humanidad.

Es cosa digna de ser observada que en las páginas mas razonables de un escritor que se habia declarado defensor de la moral, se descubran vestigios del espíritu de su siglo. Ese pretendido cambio de nuestras disposiciones interiores, segun el lugar que habitamos tiene ciertas ocultas analogías con el sistema de materialismo que Rousseau pretendia impugnar. Este sistema hace del alma una especie de planta sometida

á las mudanzas del aire, y que sigue y señala como un instrumento, el reposo ó la agitación de la atmósfera. Y ¿cómo el mismo Juan Jacobo hubiera podido creer de buena fe en la saludable influencia de los lugares culminantes? ¿No arrastró el desgraciado por las montañas de la Suiza, sus pasiones y sus miserias?

Solo en una circunstancia es cierto que las montañas inspiren el olvido de las turbulencias terrenas: esto es, cuando nos retiramos del mundo para consagrarnos á la Religión. Un anacoreta que se dedica al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio las grandezas de Dios, pueden disfrutar de alegría sobre los peñascos desiertos; pero en estos casos, no pasa al alma de los solitarios la paz de los lugares, sino que por el contrario, el alma derrama su serenidad en la region de las tormentas.

Cierto instinto universal ha inducido á los hombres á adorar al Eterno en los lugares elevados, pues parece que la oración necesita salvar menos espacio para llegar al trono de Dios, cuanto mas cercana se halla al cielo. Y como el Cristianismo era depositario de las tradiciones de este culto antiguo, nuestras montañas, y en su lugar nuestras colinas, estaban pobladas de monasterios y antiguas abadías; de aqui procedía que el hombre, que desde una ciudad corrompida se encaminaba á entregarse á los crímenes, ó por lo menos á las vanidades, descubria al levantar sus ojos, santuarios en las vecinas cumbres; y la cruz, que desplegaba á lo lejos el estandarte de la pobreza á la vista del lujo, imbuía al rico ideas de sufrimiento y de conmiseración. Nuestros poetas conocian muy poco el arte, cuando se burlaban del monte Calvario, de esas casas y esos retiros que reproducian entre nosotros los países del Oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religion divina, y el recuerdo de una antigüedad que no puede ser borrada por la memoria de Homero.

Pero estas reflexiones pertenecen á un orden diferente de ideas y sentimientos, y no á la cuestion general que acabamos de examinar. Despues de haber hecho la critica de las montañas, es justo terminar con su elogio. He consignado ya que son indispensables á un hermoso paisaje, y que deben formar la lejanía ó el último término de un cuadro. Sus desiguales remates, sus descarnadas laderas, sus miembros gigantes y desagradables cuando se les examina de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se redondean y coloran en una luz fluida y dorada. Añadamos que las montañas son los manantiales de los rios, el último asilo de la libertad, en los tiempos aciagos de esclavitud, y una utilísima barrera contra las invasiones y las calamidades de la guerra. Todo lo que pido se reduce á que no se me obligue á admirar las rudas crestas de las montañas, los barrancos, los fosos, las cavernas y las sinuosidades de los valles de los Alpes. A esta condicion, diré que hay algunas montañas que visitaria aun con sumo placer, como por ejemplo, las de Grecia y la Judea. Grato me será recorrer los lugares de que mis nuevos estudios me obligan á ocuparme diariamente, y me trasladaré gustoso al Tabor y al Taigeto en busca de nuevos colores y de nuevas armonías, despues de haber pintado los montes sin nombre y los ignorados valles del Nuevo-Mundo (1).

(1) Estas palabras anunciaban el viaje á Grecia y Tierra-Santa, que realicé el año siguiente, 1803. Véase el *Itinerario*.

PENSAMIENTOS, REFLEXIONES Y MAXIMAS.

La miseria del hombre no consiste únicamente en la debilidad de su corazón, en la inconstancia de su espíritu y en la pequeñez de su razon, sino que se echa de ver en cierto fondo de ridiculidad inherente á los negocios humanos. Las revoluciones descubren especialmente esta insuficiencia de nuestra naturaleza: si se consideran en globo son impotentes, pero al penetrar en sus pormenores, se advierten tanta ineptitud y bajeza, tantas celebridades usurpadas, tantas cosas consideradas como obras del genio, siendo sin embargo, meros caprichos del acaso, que produce un asombro igual el alcance de las consecuencias y la trivialidad de las causas.

Cuando nos hallamos á alguna distancia de los hechos, y no hemos vivido en medio de las facciones y los facciosos, solo nos afecta el lado grave y doloroso de los acontecimientos; empero no sucede así cuando somos actores ó espectadores comprometidos en escenas sangrientas. Tácito, á quien la naturaleza habia hecho poeta, hubiera tal vez escrito la sátira de Petronio, si se hubiera sentado en el senado de Neron; pero pintó la tiranía de este príncipe porque vivió despues de él. Butler, dotado de un genio observador, hubiera acaso escrito la historia de Carlos I, si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana, al paso que se contentó con rimar el *Hudibras*, porque habia visto los personajes de la revolucion de Cromwell: habialos visto hablando á todas horas de virtud, de santidad, de independencia, mientras presentaban sus manos á todas las cadenas, y se encorvaban bajo el yugo despreciable del hijo, despues de haber inmolado al padre.

Hay ciertos crímenes políticos que ya no es posible cometer impunemente á causa de la adelantada civilizacion de los pueblos. Nadie imagine que estos pueden decir sin resultado, á sus gobiernos: «Tal crimen ó tal calamidad ha sobrevenido por tu culpa.» Las bases del mismo poder vacilan á estas acusaciones, y faltándole el respeto de las naciones, su existencia corre grave peligro.

En una nacion que aun conserva la inocencia primitiva, los vicios introducidos por los extranjeros hacen progresos mas rápidos que en una sociedad ya corrompida; así, el hombre sano muere en el infecto ambiente en que vive sin esfuerzo el hombre familiarizado con él.

Puede llegarse á la libertad por dos caminos: por las costumbres y por las luces. Mas, cuando estas y

aquellas faltan á la vez; cuando no se puede ser republicano á la manera de Esparta, ni á la de los Estados-Unidos, se puede conquistar la libertad, mas no conservarla.

La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admirase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que la sigue.

Es vano empeño esforzarse por restablecer la virtud en un pueblo que la ha perdido, pues no se logrará conseguirlo. Todo encierra un principio de destrucción. ¿Con qué fin lo ha establecido Dios? Este es su secreto.

Nos admiran los triunfos de la medianía; pero al juzgar así, incurrimos en un error. La medianía no es fuerte por sí misma, sino por las demás que representa, y en este sentido su poder es formidable. Cuanto mas pequeño en poder es el hombre, conviene mas á todas las pequenezes. Comparándose todos á él, se dicen: «¿Por qué no llegaré tambien á ese puesto?» No excita la menor envidia y los cortesanos le prefieren porque pueden despreciarle, al paso que los reyes lo consideran como una manifestacion de su omnipotencia. La medianía no solo tiene todas estas ventajas para permanecer en su altura, sino que tiene un mérito mucho mayor, pues excluye del poder á la capacidad. El diputado de los necios y los imbéciles, acaricia en el ministerio dos pasiones: la ambición y la envidia.

La medianía suele ser secundada por ciertas circunstancias que dan á sus planes un aire de profundidad. Esos hombres impotentes que por medio de la muchedumbre dirigen al parecer la fortuna, son mera y sencillamente dirigidos por ella: como le dan la mano, creen que la guían.

Los hombres de genio son por lo regular hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suele acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, antes que su siglo natural, pasan desapercibidos y su gloria solo empieza cuando se inaugura el siglo á que debían pertenecer; si nacen demasiado tarde, está es, despues de su siglo natural, nada pueden y no llegan á una celebridad duradera. Excitan un momento la